
TRABAJO

LIBRO PRIMERO

I

En su paseo á la ventura, Lucas Froment, al salir de Beauclair, había subido por el camino de Brias, que sigue la garganta por donde se desliza la corriente del Mionna, entre los dos promontorios de los Montes Bleuses. Al llegar delante del Abismo, nombre que dan en el país á la fábrica de aceros de Quringnon, distinguió en el puente de madera dos bultos negros, miserables, arrimados al pretil, medrosos. Se le oprimió el corazón. Eran, una mujer que parecía muy joven, pobremente vestida, con la cabeza medio oculta bajo una toquilla de lana en jirones, y un niño de unos seis años, de rostro pálido, medio desnudo, metido por las faldas de la muchacha. Ambos con los ojos fijos en la puerta de la fábrica, aguardaban, inmóviles, con la paciencia sombría de los desesperados.

Lucas se había detenido, mirando también. Iban á dar las seis; la luz ya menguaba en aquella tarde húmeda, triste, de mitad de Septiembre. Era sábado, y desde el jueves no había cesado la lluvia. Ya no llovía; pero un viento impetuoso continuaba persiguiendo en el cielo á las nubes de hollín, harapos por donde se filtraba un crepúsculo sucio, amarillo, de mortal tristeza. El camino, surcado de railes, de gruesos guijarros desunidos por los continuos acarreos, arrastraba un río de lodo negro, todo el polvo disuelto de las próximas minas de hulla de Brias, cuyos chirriones desfilaban sin cesar. Este polvo de carbón había ennegrecido con su luto la garganta entera, fluía en charcos y chorreaba sobre el montón, como leproso, de los edificios de la fábrica; y hasta parecía manchar las nubes sombrías que pasaban sin fin, cual si fueran humo. Una melancolía de desastre soplabá con el viento; se hubiera dicho que aquel crepúsculo agitado y obscuro traía consigo el fin de un mundo.

Al detenerse Lucas á los pocos pasos de la mujer y del niño, oyó que éste decía con aire despierto y resuelto, ya de hombrecillo:

—Oye tú; quieres que yo le hable, hermana? Puede que eso le ponga menos furioso.

Pero la mujer respondió;

—No, no; esto no es cosa de chiquillos.

Y siguieron esperando, silenciosos, con aquel aire de resignación inquieta.

Lucas miraba al Abismo. Lo había visitado, por curiosidad de hombre de oficio, cuando por primera vez había pasado por Beauclair, en la última primavera. Y en las pocas horas que llevaba allí, por la repentina llamada de su amigo Jordan, había sabido pormenores de la horrorosa crisis por que acababa de pasar el país: una terrible huelga de dos meses; ruinas acumuladas por ambas partes; la fábrica perdiendo con el trabajo parado, los obreros medio muertos de hambre, con más rabia ahora, por su impotencia. Hasta el jueves, la antevispera, no había vuelto á empezar el trabajo, después de concesiones recíprocas, furiosamente debatidas y arrancadas con gran esfuerzo. Y los obreros habían vuelto, sin gusto, no apaciguados, como vencidos á quien exaspera su de-

rota, y que sólo guardan en el corazón el recuerdo de sus padecimientos y el ansia de vengarlos.

Bajo la fuga loca de las nubes enlutadas, el Abismo extendía el montón sombrío de sus edificios y cobertizos. Era el mónstruo, que brotó allí, y poco á poco se había ensanchado como un pueblecillo. En el color de los tejados que se alzaban y prolongaban en todas direcciones, se adivinaban las edades sucesivas de los edificios. Llenaban ya varias hectáreas, y trabajaban allí un millar de obreros. Las altas pizarras azuladas de los grandes talleres, de vidrieras aparejadas, dominaban las antiguas tejas, ennegrecidas, de las primeras construcciones, mucho más humildes. Por encima, desde el camino, se distinguía, en hilera, las colmenas gigantescas de los hornos de cementar, y la torre de templar, de veinticuatro metros de altura, donde los grandes cañones, derechos y de un golpe, eran sumergidos en un baño de petróleo. Más arriba todavía, humeaban las chimeneas de diversa altura, una selva, que mezclaba su aliento de hollín al hollín volante de las nubes, mientras que los delgados tubos de escape lanzaban á intervalos regulares los blancos penachos de su respiración estridente; parecía el aletear de un mónstruo, en torno del cual el polvo y los vapores que de él se exhalaban eran como una nube continua del sudor de su faena. Sentíase también el latir de sus órganos, los choques y gruñidos que le costaba el esfuerzo, la trepidación de las máquinas, la clara cadencia de los martillos zingladores frontales, los golpazos acompasados de los martillos pilones resonando como campanadas, que hacían temblar la tierra. Y más cerca, junto al camino, en el fondo de un reducido edificio, una especie de cueva donde el primer Qurignon había forjado el hierro, se oía el baile violento y empeñado de dos martinets, que latían como pulso del coloso, todos cuyos hornos otra vez lanzaban llamaradas, devorando vidas.

En la bruma crepuscular, rojiza y como desesperada que invadía poco á poco el Abismo, ni una lámpara eléctrica alumbraba todavía los patios. Ninguna luz en las ventanas polvorientas. Una llama intensa, única que salía de uno de los grandes talleres, por

una ancha portada, atravesaba la sombra, con un largo chorro de astro en fusión. Sin duda, algún maestro pudelador acababa de abrir la puerta de su horno. Ninguna otra luz, ni siquiera una chispa perdida, denunciaba el imperio del fuego; el fuego que rugía en la ciudad tenebrosa del trabajo, el fuego interior que la abrasaba toda, el fuego domado, esclavo, que doblaba y daba forma al hierro, como blanda cera, entregando al hombre el reino de la tierra desde los primeros Vulcanos que lo habían conquistado.

El reloj de la torrecilla, cuya armadura se levantaba sobre el edificio de la administración, dió las seis. Y Lucas oyó otra vez al niño miserable que decía:

—Oye, hermana, ya van á salir.

—Sí, sí, ya lo sé,—respondió la joven.—Estate quieto.

En el movimiento que había hecho para detenerle, la desgarrada toquilla se le había separado un poco del rostro, y quedó Lucas sorprendido de la delicadeza de sus facciones. Seguramente no tenía veinte años: rubios cabellos en desorden, un mísero rostro encendido que le pareció feo, con ojos azules maltratados por las lágrimas, una boca pálida de amargo sufrimiento. ¡Y qué cuerpo delicado de jovencuela, bajo el vestido gastado, viejo! Con brazo tembloroso y débil, apretaba contra su falda al niño, su hermano menor, sin duda, rubio como ella, muy mal peinado también, pero de aspecto más fuerte y resuelto!

Había Lucas sentido crecer su compasión; mientras aquellos tristes seres recelosos, empezaban á inquietarse al ver á aquel caballero que se había parado y los examinaba con tanta insistencia. A ella sobre todo, parecía molestarla aquella atención de un mozo de veinticinco años, tan alto, tan guapo, de hombros fornidos, manos anchas, con cara de salud y de alegría, cuyas facciones bien señaladas, dominaba una frente recta, en forma de torre, la torre de los Froment. Miró la joven á otro lado, al ver fijos en ella los ojos negros del joven, francos, muy abiertos, mirándola de frente. Luego, aún arriesgó una mirada furtiva, y al ver que entonces él sonreía con bondad,

retrocedió un poco la muchacha, con la turbación de su gran infortunio.

Sonó una campana, se notó movimiento en el Abismo, y empezó la salida de los relevos de día. Sin embargo, tardaron los obreros en aparecer; la mayor parte habían pedido un anticipo, aunque el trabajo solo se había reanudado desde el jueves; pero á esto obligaba el hambre, que era mucha en los hogares, después de dos meses de terrible huelga. Al fin se les vió salir, desfilando, uno á uno, en pequeños grupos, la cabeza gacha, sombríos y con prisa, oprimiendo en el fondo del bolsillo las pocas monedas de plata ganadas con tanta pena, que iban á llevar un poco de pan á los hijos y á la esposa. Y desaparecían por el negro camino.

—Ahí está, hermana,—murmuró el niño,—mírale, está con Bourron.

—Sí, sí, cállate.

Dos obreros acababan de salir, dos compañeros pudeladores. El primero, el que estaba con Bourron, llevaba la chaqueta de paño al hombro; tendría veintiséis años apenas, rojo de pelo y barba, más bajo que alto, de músculos sólidos, la nariz corva, bajo una frente prominente, duras las quijadas, salientes los pómulos, pero risueño, agradable, lo que hacía de él un conquistador. Bourron, con cinco años más, llevaba puesta la chaqueta ya vieja, de pana verdosa. Era un mocetón seco y delgado, con cara de caballo, largas mejillas, barba pequeña, ojos rasgados, todo lo cual expresaba el humor tranquilo de un hombre manso, siempre dominado por algún compinche.

De una mirada, Bourron, había distinguido á la pobre mujer y al niño, al otro lado del camino, al extremo del puente de madera. Y al verlos, dió un codazo á su compañero.

—Mira Ragú, mira. La Josina y Nenet están allí. Ponte en guardia si no quieres que te fastidien.

Ragú, rabioso, apretó los puños.

—¡Maldita pécora! Ya me aburre; la he plantado en la calle... Vas á ver lo que es bueno, si se me cuelga otra vez del pescuezo.

¡Parecía un poco ébrio, como solía estarlo los días que pasaba de los tres litros, de que decía necesitar,

para que la hoguera del horno no le secara la piel. Y en esta semi borrachera, le movía, sobre todo, el alarde cruel de hacer ver á un compañero como trataba él á las mujeres, cuando ya no las quería.

—Verás, la voy á pegar á la pared. ¡Me tiene harto.

Josina, con Nanet arrimado á las faldas, se había acercado suavemente, medrosa. Pero se detuvo al ver á otros dos obreros juntarse á Ragú y á Bourron.

Eran del relevo nocturno y venían de Beauclair. El de más edad, Fauchard, un mozo de treinta años, que parecían cuarenta, era un arrancador, ya una ruina por causa del trabajo voraz; el rostro curtido, quemados los ojos, el corpachón cocido y como lleno de nudos, gracias al calor de los hornos de crisol, de donde sacaba el metal en fusión. El otro, Fortunato, su cuñado de diez y seis años, que apenas parecía doce, de tan miserables carnes era, flaco el rostro, el pelo descolorido, parecía no haber medrado, como si lo fuera consumiendo su maquinal tarea de peón, siempre sentado junto á la palanca, que ponía en marcha un martillo zinglador, aturdido por el humo y el estrépito, que le cegaban y ensordecían.

Llevaba Fauchard al brazo una cesta vieja de mimbres, y se había detenido para preguntar á los otros dos con voz sorda.

—¿Habéis cobrado?

Ragú sin responder, se golpeó el bolsillo, en que resonaron las monedas de cinco francos. Fauchard hizo un gesto de anhelo desesperado.

—¡Rayo de Dios! Y decir que tengo que apretarme la barriga, hasta mañana por la mañana. Y esta noche vuelta á estallar de sed, como mi mujer, cuanto antes, no haga el milagro de traerme la ración.

La ración de este eran cuatro litros cada día ó cada noche de trabajo; nada más lo suficiente según él, para humedecerle el cuerpo; de tal modo los hornos le sacaban de la carne el agua y la sangre. Miró desesperado á su pobre cesta vacía, donde se zarrandeaba un solitario pedazo de pan. Cuando le faltaban sus cuatro litros, era el acabóse, la negra agonía en el trabajo abrumador, que se hacía imposible.

—¡Bah!—dijo afable Bourron.—No va tu mujer

á dejarte; no la hay como ella para sacar al fiado los cuartos.

Los cuatro, parados sobre el lodo pegajoso del camino, callaron y saludaron. Vió Lucas venir por el anden, sentado en un cochecito, que empujaba un criado, á un señor de edad, de ancha cara, de grandes facciones regulares, á que servían de marco largos cabellos blancos. Había reconocido á Jerónimo Qurignon, el señor Jerónimo, como le llamaba toda la comarca, el hijo de Blas Qurignon, el obrero tirador, fundador del Abismo. Muy viejo, paralítico, se hacía pasear de aquel modo, en todo tiempo, sin una palabra. Aquella tarde, al pasar delante de la fábrica para volver á casa de su hija en la Guerdache, una quinta próxima, con una simple seña había dado orden al criado para ir despacio. Y con ojos aun claros, vivos y profundos, miraba detenidamente al monstruo que trabajaba, á los obreros de día que salían, y á los obreros de noche que entraban bajo el turbio crepúsculo que caía del cielo lívido, manchado por la fuga loca de las nubes. Después su mirada se detuvo sobre la casa del Director, un edificio cuadrado en medio de un jardín, que él mismo había hecho construir cuarenta años antes, y donde había reinado como rey conquistador, ganando millones.

—Al señor Jerónimo no le faltará el vino esta noche,—dijo Bourron con zumba en voz más baja.

Ragú se encogió de hombros.

—Ya sabéis que mi bisabuelo era compañero del padre del señor Jerónimo. Dos obreros, ni más ni menos, que estiraban aquí el hierro juntos; y la fortuna lo mismo podía venirle á un Ragú que á un Qurignon. Cosas de la suerte, cuando no del robo...

—Cállate,—murmuró otra vez Bourron,—no te metas en líos.

Se le fué á Ragú la valentía, y al pasar el señor Jerónimo, delante del grupo, mirando á los cuatro, con aquellos ojos grandes, fijos y claros, le saludó otra vez con el respeto medroso del obrero que desea gritar contra el patrono, pero que tiene la añeja esclavitud en la sangre, y tiembla delante del dios soberano, de quién todo lo espera. Siguió el criado empujando lentamente el cochecillo, y el señor Jeróni-

mo desapareció por el negro camino, que bajaba á Beauclair.

—¡Bah!—concluyó filosóficamente Fauchard.— No es tan feliz en su butaca de ruedas, y además, si todavía comprende las cosas, no le hará gracia todo lo que ha pasado. Cada cual tiene sus penas... ¡Ah, rayo de Dios! ¡Si Natalia me trajera el vino!

Y entró en la fábrica llevándose á Fortunato, que nada había dicho, siempre con aire estúpido. Sus hombros, ya cansados se perdieron en la sombra que crecía, invadiendo los edificios. Ragú y Bourron echaron á andar, corruptor el uno del otro, en busca de cualquier taberna del pueblo. Bien se podía beber un trago y reir un poco después de tanta miseria.

Lucas, que se había detenido por compasiva curiosidad, arrimado al pretil del puente, vió á Josina moverse otra vez con marcha vacilante, para cerrar el paso á Ragú. Pudo creer primero que tomaría por el puente y se volvería á casa, pues este era el camino recto del antiguo Beauclair, un sórdido montón de casuchas, en que habitaban la mayor parte de los obreros del Abismo. Pero cuando comprendió que bajaba hacia el barrio nuevo, tuvo de pronto la certidumbre de lo que iba á suceder; la taberna, la paga bebida, otra noche más de esperar, muriendo de hambre con su hermano, sufriendo el viento sutil de la calle. Sus penas y un arranque de cólera le dieron tal valor, que se atrevió á plantarse delante de aquel hombre, ella tan débil y tan miserable.

—Augusto,—dijo,—sé razonable; no has de dejarme en la calle.

El mozo no respondió; quiso seguir adelante.

—Si no vuelves á casa en seguida, por lo menos dame la llave... Desde esta mañana estamos en la calle y no hemos comido un bocado de pan.

De repente, estalló la ira de Ragú.

—Déjame en paz con mil rayos. Maldita lapa, ¿quieres soltarme?

—¡Por qué has llevado la llave esta mañana?... No te pido más que la llave; tú volverás á casa cuando quieras... Mira, ya es de noche; no querrás que durmamos en la calle.

—¡La llave, la llave! Ni la tengo, ni te la daría

aunque la tuviera... Pero, ¿no comprendes que ya estoy harto? ¿que ya no quiero nada contigo? ¿que bastante ha sido morirse dos meses de hambre juntos, y que puedes irte con la música á otra parte?

Todo esto se lo arrojaba á gritos á la cara, violento, salvaje; la pobre niña toda temblaba, por tanta injuria, pero se obstinaba suavemente, con la terquedad resignada de los miserables, que ven abrirse la tierra á sus pies.

—¡Oh! ¡qué malo eres, qué malo eres!... Esta noche cuando vuelvas á casa, hablaremos. Me iré mañana si es preciso. Pero hoy, hoy nada más, dame la llave.

La rabia se apoderó de Ragú, sacudió á la joven y la echó á un lado con brutal ademán.

—¡Rayo de Dios! ¡La calle es libre! ¡Vete á mandar llover! ¡Te digo que esto se ha acabado!

El pobre Nanet, al ver á su hermana prórrumpir en sollozos se adelantó con aire resuelto, con su cabeza rubia y enmarañada.

—¡Toma! Ahora este galopín. Toda la familia sobre mí. Aguarda pillastre, verás que puntapié.

Rápida, Josina, apretó á Nanet contra sí. Y allí quedaron los dos, sobre el negro lodo, temblando ante el desastre, mientras los obreros continuaban su camino y desaparecían en la obscuridad, que había crecido por la parte de Beauclair, cuyas luces empezaban á brillar, una á una. Bourron, buen sujeto en el fondo, había tenido un impulso de intervenir; luego, por farfantonada, bajo el ascendiente del camarada buen mozo y Tenorio, le había dejado hacer su gusto. Josina, después de vacilar un instante, y de preguntarse de que servía seguirlos, al verlos desaparecer, desesperada, insistió en su empeño. A paso lento se fué tras ellos, arrastrando á Nanet por la mano, desliziéndose á lo largo de las paredes con toda clase de precauciones, como temiendo que pudiera verla, y maltratarla por impedir que le siguiera los pasos.

Lucas indignado, estuvo á punto de arrojarse sobre Ragú y castigarle. ¡Oh, mísero trabajo! El hombre convertido en lobo, por la faena abrumadora, por el pan, tan malo de ganar, y disputado por el hambre. Durante los dos meses de huelga, se habían arrancado

unos á otros las miajas, en la exasperación voraz de las disputas diarias; luego, el día de la primera paga, corría el obrero á aturdirse con el alcohol que volvía á encontrar, y dejaba en la calle á la compañera de fatigas, mujer legítima ó seducida. Lucas volvía á ver ante sí los cuatro años que acababa de pasar ya, en un arrabal de París, en uno de esos caserones emponzoñados, donde la miseria del jornalero solloza y se pelea en todos los pisos. ¡Qué de dramas había visto! ¡Qué de dolores había en vano intentado calmar! El formidable problema de las vergüenzas y torturas del salario se le había planteado muchas veces; había podido sondar, hasta el fondo, la atroz iniquidad, el cáncer espantoso que está acabando de roer la sociedad actual. Había pasado horas de fiebre generosa, fantaseando el remedio, estrellándose siempre contra la muralla de bronce de las realidades existentes. Y ahora, la misma noche del día en que volvía á Beauclair, traído por un súbito incidente, volvía á dar con esta escena salvaje, esta triste y pálida criatura arrojada á la calle, muerta de hambre, por culpa del mónstruo devorador, cuyo fuego interior oía gruñir y veía escaparse en humo de luto, bajo el trágico firmamento.

Sopló una ráfaga, algunas gotas de lluvia pasaron volando en el viento que se quejaba. Lucas había permanecido sobre el puente, vuelto el rostro hacia Beauclair, intentando reconocer el país á la luz mortecina que caía de las nubes de hollín. A la derecha tenía el Abismo, cuyos edificios se extendían al borde del camino de Brias; á sus pies corría el Mionna, y más arriba, sobre un terraplén, á la izquierda, pasaba el ferro-carril de Brias á Magnolles. Todo el fondo de la garganta estaba ocupado de este modo entre las últimas escarpaduras de los Montes Bleuses, en el sitio en que estos se ensanchaban, para dar sobre la inmensa llanura de la Rumaña. En esta especie de estuario, al desembocar la quebrada en la llanura, Beauclair extendía sus edificios, un miserable lugarón de casuchas de obreros, cuya prolongación, ya en lo llano, era una población pequeña, señora, donde estaba la subprefectura, la alcaldía, el Tribunal y la cárcel. La iglesia, antigua, que amenazaba ruina, es-

taba como á caballo, entre la población nueva y la vieja aldea. Esta capital de distrito tenía apenas seis mil almas, de las cuales, cerca de cinco mil eran pobres espíritus oscuros, en cuerpos doloridos, machacados, encorvados por el mísero trabajo. Lucas acabó de saber donde estaba al notar más allá del Abismo, el Horno alto de la Crécherie, á media ladera del promontorio de los Montes Bleuses y del cual, todavía podía distinguir el perfil obscuro. ¡El trabajo, el trabajo! ¡Quién lo haría levantarse, reorganizarse, según la ley natural de verdad y de equidad, para devolverle su papel de omnipotencia noble y reguladora, en este mundo, y para que las riquezas de la tierra fuesen repartidas justamente, realizando al cabo la ventura de todos los hombres!

Aunque la lluvia había cesado, Lucas también volvió á bajar, al fin, hacia Beauclair. Seguían saliendo obreros del Abismo, y caminó entre ellos. Habían vuelto al trabajo, airados, tras los desastres de la huelga. Sentía Lucas tal espíritu de rebeldía y de impotencia llenarle tristemente el ánimo, que de buen grado se hubiera vuelto á su casa aquella noche, en aquel instante, si no hubiera sido el temor de disgustar á Jordan. Este, el dueño de la Crécherie, se veía en un gran apuro, desde la muerte súbita del antiguo ingeniero, que dirigía su horno alto; y había escrito á Lucas, llamándole para que examinara todo aquello y le diera un consejo. Ya acudía el joven, por puro afecto, cuando se encontró con otra carta en que Jordán le refería toda una catástrofe: el repentino fin trágico de un primo, en Cannes, que le obligaba á marchar al punto, ausentándose por tres días con su hermana. Le suplicaba que los esperase hasta el lunes por la noche, y que se instalara en un pabellón dispuesto para él, donde estaría como en su casa. Tenía, pues, Lucas, dos días más por suyos; y, desocupado, metido de tal suerte en aquel pueblecillo, que conocía apenas, había salido á dar una vuelta aquella tarde, y hasta había dicho al criado encargado de servirle, que no volvería á comer, proponiéndose hacerlo donde quiera, en alguna taberna, ansioso siempre de observar costumbres populares, queriendo ver, comprender é instruirse.

Nuevas reflexiones le dominaron, mientras que, bajo un cielo tormentoso, caminaba sobre el negro lodo, entre el pesado pisotear de los obreros, abrumados de fatiga y silenciosos. Le dió vergüenza su debilidad sentimental. ¿Por qué había de marcharse, cuando allí encontraba, tan punzante, tan agudo, el problema que le acosaba pidiendo solución? No debía rehuir el combate; acumularía hechos, descubriría acaso, al fin, el camino seguro, en la obscura confusión en que todavía se sentía perdido. Hijo de Pedro y de María Froment, había aprendido, como sus tres hermanos, Mateo, Marcos y Juan, un oficio manual, aparte de sus estudios especiales de ingeniero. Era cantero, arquitecto constructor, hacía casas, y, complaciéndose en trabajar en su oficio, pasaba días en los grandes talleres de cantería de París; no ignoraba nada de los dramas del trabajo actual y soñaba, con espíritu fraternal, con ayudar al triunfo, que traería la paz al trabajo de mañana. Pero ¿qué hacer, adonde llevar su esfuerzo; por qué forma comenzar; cómo echar al mundo la solución flotante, sin precisión, cuya preñez sentía? Más alto, más robusto que su hermano Mateo, con el mismo rostro expansivo de hombre de acción, con su frente en forma de torre, su alto pensamiento siempre de parto, hasta entonces solo había abrazado el vacío, con aquellos dos grandes brazos impacientes por crear, por construir un mundo. Una brusca ráfaga, un viento huracanado, pasó y le llenó de un sagrado temblor. ¿Era que una fuerza ignorada, le hacía dar, como un Mesías, en aquel país que padecía, trayendo la misión soñada de redención y dicha?

Cuando levantado la cabeza, se libró Lucas de estas vagas reflexiones, notó que estaba otra vez en Beauclair. Cuatro grandes calles, que desembocan en una plaza central, la de la Alcaldía, cortan el pueblo en cuatro partes casi iguales, y cada una de estas calles lleva el nombre del pueblo próximo á que conduce. La calle de Brias al Norte, la de Saint-Cron, al Oeste, la de Magnolles, al Este, la de Formerie, al Sur. La más concurrida, de más tránsito, con sus tiendas que rebosan, es la calle de Brias, donde se encontraba; todas las fábricas están allí, cerca unas de otras,

arrojando á cada hora de salida, la ola sombría de los trabajadores. Justamente, cuando Lucas llegaba, se abrió la gran puerta de la fábrica de calzado de Gourier, Alcalde del pueblo, dejando salir el tropel de sus quinientos obreros, de los cuales más de doscientos eran niños y mujeres. En las calles próximas estaban la fábrica Chodorge, que sólo producía clavos; la fábrica Hausser, una herrería que daba más de cien mil guadañas y podaderas al año; la fábrica Miranda, que construía especialmente máquinas agrícolas. Todas habían padecido con la huelga del Abismo, donde tomaban el hierro y el acero, la primera materia; la miseria, el hambre, había aflicto á todas y la muchedumbre, pálida y enflaquecida, de que inundaban el empedrado fangoso, conservaba ojos de rencor, en los labios la muda rebeldía, á pesar de la aparente resignación del rebaño, que aceleraba el paso, pateando el lodo. Tanta gente, oscurecía la calle, alumbrada por escasos mecheros de gas, cuyas llamas amarillas sacudía el viento. Lo que acababa de impedir la circulación, eran las amas de casa, que al fin con algunos cuartos, corrían á las tiendas regalándose con un pan, de gran tamaño, ó con un poco de carne.

Se le figuraba á Lucas estar en una ciudad sitiada, en la noche en que se levantaba el sitio. Iban y venían, entre la multitud, gendarmes, toda una fuerza armada, que vigilaba de cerca al pueblo, como si hubiera el temor de que volviesen las hostilidades; de un furor súbito que renaciese de los sufrimientos, todavía acerbos, acabando de saquear la ciudad en la crisis postrera de destrucción. El patronato, la autoridad burguesa, podía haber vencido á los asalariados, pero los esclavos domados, seguían tan amenazadores en su silencio pasivo, que una terrible inquietud envenenaba el aire y se sentía soplar el espanto de las venganzas, de las grandes matanzas posibles. Una sorda amenaza indistinta salía de aquel rebaño, que desfilaba abrumado, impotente; y el reflejo de un arma, los galones de un uniforme, aquí y allí, en los grupos, declaraban el miedo disimulado de los amos, á quien su victoria daba sudores, mientras observaban detrás de las espesas cortinillas de las casas, al-

bergue de su ociosidad. La muchedumbre negra de los trabajadores, de los muertos de hambre, seguía pasando, atropellándose, callada, gacha la cabeza. Lucas, continuando su paseo, se mezclaba con los grupos, se detenía, escuchaba, estudiaba. Paróse delante de una gran carnicería abierta de par en par, al aire libre de la calle, y cuyos mecheros de gas brillaban entre las carnes sangrientas. Dacheux, el carnicero, un hombrachón apoplético, de ojazos saltones, cara pequeña y colorada, estaba á la puerta vigilando la mercancía, muy ocupado con las criadas de las casas acomodadas, y con miedo de que entrase algún ama de su casa, pobre. Hacía un rato que acechaba á una rubia alta y delgada, de miserable aspecto, pálida y doliente, joven, lleno el rostro de granos, ajada ya, que arrastraba consigo á un niño hermoso, de cuatro ó cinco años, y que llevaba al brazo una pesada cesta por la que asomaban el cuello cuatro botellas de á litro. Dacheux reconoció á la Fauchard, á quien estaba cansado de desengañar en sus continuas peticiones de miserables ventas al fiado. Al decidirse ella á entrar, casi le cerró el paso.

—¿Qué busca usted aquí otra vez?

—Señor Dacheux,—balbuceó Natalia.—Si fuera usted tan bueno que quisiera... Ya sabe usted que mi marido ha vuelto á la fábrica. Mañana cobrará un anticipo. Por eso el señor Caffiaux ha tenido la bondad de adelantarme los cuatro litros que llevo aquí; y si usted fuera tan bueno, señor Dacheux, que quisiera adelantarme un poco de carne, solo un poco...

El carnicero se incomodó, echaba chispas entre la ola de sangre que le subía al rostro.

—¡No, ya he dicho que no!... Vuestra huelga por poco me arruina. ¿Cómo he de ser tan bruto que me ponga de vuestra parte? Siempre ha de haber obreros holgazanes que basten para impedir á la gente honrada hacer su negocio... Cuando no se trabaja bastante para comer carne, no se come.

Dacheux se ocupaba en política; estaba por los ricos, por los fuertes, se le temía; era sanguinario y de pocos alcances. Esta palabra, *carne*, tomaba en sus labios una importancia considerable, aristocrática; la

carne sagrada, el alimento de lujo reservado á los afortunados, cuando debiera ser de todos.

—Ya me debe usted cuatro francos del verano último,—añadió.—Yo lo que debo tengo que pagarlo.

Natalia se deshacía en súplicas, insistía, en voz baja, desolada, llorosa. Pero sobrevino un acontecimiento que acabó de desahuciarla. La señora Dacheux, una mujercilla fea, negra é insignificante, que así y todo, según malas lenguas, ponía á su marido abominables cuernos, se había adelantado con su hija Juliana, una niña de cuatro años, sana, gruesa, rubia, de expansiva alegría. Se habían visto los dos niños; Luisillo Fauchard, comenzó por reír, en su miseria, mientras que la opulenta Juliana, contenta, sin tener todavía, por lo visto, conciencia de las desigualdades sociales, se acercó y le cogió las manos. Estaba como si de repente la hubiesen dado un juguete, en la infantil alegría de la reconciliación futura.

¡Maldita chiquilla!—gritó Dacheux fuera de sí;—siempre la tengo sobre las rodillas... ¿Quieres ir á sentarte?

Luego, volviéndose airado á su mujer, con malos modos la hizo volver al mostrador, diciéndole que mejor haría en vigilar la caja, para que no la robasen, como dos días antes. Y siguió hablando, dirigiéndose á cuantos encontraba en la tienda, preocupado con aquel robo, de que se estaba quejando sin cesar, hacía dos días, indignado.

—¡Así como suena! No sé qué andrajo, que se metió en la tienda y cogió cinco francos en la caja, mientras que la señora Dacheux pensaba en las musarañas. La ladrona no pudo negar, tenía la moneda todavía en la mano. ¡Pero á buen recaudo la tengo! En la cárcel está... ¡Esto es horrible, horrible! Se nos robará, nos saquearán si no andamos listos, si no se pone orden en esto.

Y sus miradas recelosas miraban la carne, para asegurarse de que manos hambrientas, de obreras sin trabajo, no robaban pedazos de ella, allí, en la tienda, como robarían el oro precioso, el oro divino, en la artesa de los cambistas.

Lucas vió que la Fauchard se retiraba con miedo,

con el vago temor de que el carnicero llamase un gendarme. Por un momento quedó inmóvil, con su Luisillo, en medio de la calle, entre el tropel de gente, ante una hermosa panadería, adornada con espejos, alegre con su mucha luz, que estaba enfrente de la carnicería, y uno de cuyos escaparates, abierto, libre, ponía ante los ojos de los transeuntes, doradas hogazas y tortas. Contemplábanlos estáticos la madre y el niño. Lucas, olvidando á éstos, atendió á lo que pasaba en la panadería.

Un carruaje acababa de detenerse á la puerta, y un aldeano había bajado de él, con un niño de ocho años y una niña de seis. Estaba tras el mostrador la panadera, la señora Mitaine, muy guapa; una buena moza rubia, muy bien conservada á los treinta y cinco años, de la cual habían estado enamorados todos los del país, sin que hubiera dejado ella de ser fiel á su marido, un hombre delgado, silencioso y pálido, á quien se veía raras veces, y siempre junto á la artesa ó junto al horno. Cerca de la panadera, en la banquetta, estaba sentado su hijo Evaristo, un muchacho de diez años, ya alto, rubio como ella, de rostro amable, de suave mirada.

—Hola señor Lenfant. ¿Cómo está usted? Y también Arsenio y Olimpia. No hay que preguntar si están buenos.

El aldeano, de treinta y tantos años, era de ancha faz tranquila. No se daba prisa, pero al fin contestó con tono reflexivo:

—Sí, sí, salud no falta, de eso no andamos mal en Combettes. La tierra es la que está más enferma. No podré darle el salvado que le había prometido, señora Mitaine. Todo se ha perdido. Y como he venido á Beauclair esta tarde con el carro, he querido advertírsele á usted.

Siguió hablando; expuso todos sus resentimientos, la tierra ingrata que ya no alimentaba al trabajador, que no pagaba siquiera los gastos de abono y siembra. Y la hermosa panadera, compadecida, movía suavemente la cabeza. Verdad era. Se necesitaba ahora mucho trabajo para poco provecho. Todo el mundo se quedaba con hambre. Nada quería ella con la política. ¡Pero, Señor! ¡qué mal iban las cosas! Por eso

durante la tal huelga, le partía el corazón el saber que había desgraciados que se acostaban sin haber comido ni una mala corteza de pan, cuando su tienda estaba llena. Pero el comercio era el comercio. Eso es. No se podía regalar la mercancía, tanto menos, cuanto que eso favorecía, alentaba la rebeldía.

Lenfant estaba conforme.

—Sí, sí, cada uno lo suyo. Eso es lo legítimo, ganar cada cual con sus cosas cuando le han costado á uno trabajo. Pero, con todo, hay quien quiere ganar demasiado.

Evaristo, movido por la presencia de Arsenio y de Olimpia, se había decidido á separarse del mostrador para hacer los honores de la tienda. Y en su calidad de mozo de diez años, sonreía complaciente á la chiquilla de seis, cuya cabeza, grande, redonda y alegre, debía de agradaarle.

—Dales una torta á cada uno,— dijo la hermosa señora Mitaine, que mimaba mucho á su hijo y le educaba con dulzura.

Y como Evaristo empezase por Arsenio, su madre exclamó en tono de broma:

—Hay que ser galante, hijo mío, primero se da á las damas.

Evaristo y Olimpia entonces, uniéndose alegres, se hicieron en seguida amigos. ¡Ah, aquellos pequeños queridos, eran la flor de la existencia! Si eran prudentes más adelante, no se devorarían como la gente de ahora. Lenfant se marchó diciendo, que de todas maneras, esperaba traer salvado, pero más tarde. La señora Mitaine, que le había acompañado hasta la puerta, le vió subir al carruaje y bajarse otra vez en la calle de Brias. En este momento, fué cuando Lucas se fijó en la Fauchard, resuelta de pronto, arrastrando á su Luisillo y osando acercarse á la panadera. Balbució algunas palabras que no pudo Lucas oír; pedía otra vez al fiado sin duda, pues en seguida la señora Mitaine, entró en la tienda con aire de consentir, y le entregó una hogaza, que la desgraciada se apresuró á llevarse oprimiéndola contra el flaco seno.

Dacheux, en su exasperación recelosa, estaba observando la escena desde la otra acera. Y gritó:

—Hará usted que la roben. Acaban de robar latas de sardina en casa de Caffiaux. Se roba por todas partes.

—¡Bah!—respondió plácida, la señora Mitaine, otra vez á la puerta de la tienda.—No se roba más que á los ricos.

Lucas continuó bajando con lentitud por la calle de Briás, entre el patear del rebaño, cada vez más grande. Ahora le parecía que pasaba el terror, que un soplo de violencia iba á arrastrar á esta multitud ceñuda y silenciosa. Al llegar á la plaza de la Alcaldía, volvió á encontrar el carruaje de Lenfant, parado en la esquina de la calle, delante de una quincallería, una especie de bazar, del matrimonio Laboque. Tras la puerta, que se abría en ancho hueco, oyó un violento regateo, entre el aldeano y el quincallero.

—¡Ah, sangre de Cristo! A peso de oro vende usted los tales azadones... Y todavía sube usted este dos francos!

—Diantre, señor Lenfant; como ha habido esa maldita huelga. No es culpa nuestra si las fábricas no han trabajado, y si todo ha encarecido... Yo pago el hierro más caro y algo he de ganar.

—Que gane usted, bueno. Pero doblar el precio... Entienden ustedes el comercio de un modo... Dentro de poco no se podrán comprar útiles.

Era este Laboque un hombrecillo flaco y seco, con narices y hocico de hurón, muy activo; y tenía una mujer, de su estatura, viva, muy morena, de prodigiosa codicia para la ganancia. Ambos habían comenzado en las ferias, de ambulantes, arrastrando en carro azadas, rastrillos y sierras.

Y á los diez años de haber abierto aquel tenducho, se veían el frente de un vasto comercio, que había crecido de año en año, y eran intermediarios entre las fábricas del país y los consumidores, revendiendo con grandes ganancias el hierro que para el comercio producía el Abismo, los clavos de los Chodorge, las guadañas y las podaderas de los Hausser, las máquinas y aperos de los Miranda, todo un desperdicio de fuerza y de riqueza que se tragaban ellos, con la relativa honradez de comerciantes que robaban según la costumbre, con vivo placer, cuando cada noche

consultaban la caja del dinero apañado, en perjuicio de las necesidades ajenas; ruedas inútiles, que comían energía y que hacían rechinar la máquina, próxima á descomponerse.

Mientras el aldeano y el quincallero debatían furiosos una rebaja de cien céntimos, Lucas reparó otra vez en los niños. En la tienda había dos; un muchacho de doce años, Augusto, de aire reflexivo, que estaba aprendiendo una lección, y una niña de cinco á penas, Eulalia, sentada con mucha formalidad en una silla pequeña, con aire grave y amable, como si estuviera juzgando á la gente que entraba. En cuanto le vió á la puerta, mostró afición por Arsenio Lenfant, encontrándole de su gusto sin duda y acogiéndole con aire de personilla bondadosa. Y ya no faltó nadie, cuando entró una mujer con otro niño, el quinto; era la mujer del pudelador Bourron, Bavette, redonda y fresca, siempre alegre contra viento y marea. Llevaba de la mano á Marta, su hija, de cuatro años, gruesa también y contenta. En seguida, soltó la mano de su madre, y corrió hacia Augusto Laboque, á quien debía de conocer.

Puso Bavette fin al regateo del aldeano y el quincallero. que quedaron de acuerdo, partiendo la diferencia de los cien céntimos. Traía la buena mujer una cacerola comprada la víspera.

—Se sale, señor Laboque. Lo he notado al ponerla al fuego. No he de quedarme con una cacerola que se sale.

Y mientras Laboque examinaba la cacerola maldiciendo, y por fin se decidía á cambiársela, la señora Laboque habló de los niños. No se movían en todo el día, quietos como postes, la una en su silla, el otro comiéndose los libros. Seguramente, falta hacía ganarles la vida, pues no se parecían á su madre ni á su padre; no llevaban trazas de hacer mucho dinero. Sin oír esto, Augusto Laboque, sonreía á Marta Bourron; Eulalia Laboque, tendía su mano menuda á Arsenio Lenfant, mientras que la otra Lenfant, Olimpia, daba fin con aire pensativo á la torta, que el niño de la Mitaine le había dado. Había allí gracia, ternura, fresco y sano olor de esperanza en mañana;